

CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

Con nuestra modesta rúbrica intentamos desde hoy reemplazar en lo posible a los tres asteriscos que, anteriormente, garantizaban en estas páginas una aguda visión del paisaje político español y de su peripecia interior y exterior. Aquellas tres estrellas, con superior acierto convocadas por la REVISTA, ocultaban a una de las más jóvenes, sagaces y nobles capitanaías de la Economía y de la Política nacionales. Al pasar de la satisfacción de leer aquellas crónicas a la responsabilidad de continuarlas, creemos que la mejor manera de no defraudar a nuestros lectores estribará en la permanencia fiel al estilo y al sistema que hicieron de esta Sección una síntesis admirable de la actualidad española.

BUENA CARA AL MAL TIEMPO

Comentaba la crónica anterior los aspectos generales del despliegue en la gran batalla económica. Los graves perfiles con que el tiempo del mundo acosa a la reconstrucción española no han experimentado alivios demasiado perceptibles. Aun es más, el verano —tradicional bache agrario entre dos cosechas— repercutió esta vez con tonos más persistentes en el bienestar de los españoles. Las causas y los efectos que se subrayaban entonces han seguido presionando todo el ritmo laborioso de la vida española, y en la intimidad familiar y hogareña de nuestras clases modestas los días han transcurrido con un reflejo mucho menos acusado, pero cierto, de la universal dificultad económica. El pueblo de España, que no desconoce la barahunda

en que se desenvuelven aquellos Estados que pretenden dictarnos fórmulas de recuperación y de apremio, comienza en estos días invernales a percibir las generosas consecuencias de la reciente cosecha. Los cupos de racionamiento van acercándose paulatina, pero firmemente, a cifras más concretas y satisfactorias y, desde luego, es de esperar una situación estable en el abastecimiento. Ni que decir tiene que hoy mismo el índice alimenticio del pueblo español supera en mucho al de casi toda Europa y, sobre todo, camina desenvueltamente hacia horizontes más optimistas.

La evangélica preocupación por la paja en el ojo ajeno ha llevado a los "benéficos" observadores circunstanciales de la vida española a plantear toda la estrategia de sus odios en torno a las asperezas económicas que sufre también, aunque en menor grado, nuestro pueblo. El plan informativo era —más tarde se ha visto— una especie de afinación previa para los grandes trompetazos de Lake Succes. Todo un extenso mundo para el cual las vitaminas son una especie de entidad arqueológica ha sabido con pelos y señales el denodado forcejeo del pueblo español con sus circunstancias económicas. A millones de hombres, ahí:os tan sólo de horror y desesperanza, se les ha expuesto en tremendos e imaginativos relatos la existencia de una masa de españoles desplomándose en racimos por las calles de una Patria exhausta, cruzada apenas por el fulgor criminal de unas minorías de opulentos a los cuales toda comodidad les estaba permitida. Durante días y días, prensa y radios del mundo entero han esgrimido —a la orden de la patulea comunista de los nómadas— los más atroces insultos y las más repugnantes versiones sobre el panorama español. Una ilustre revista, ponderada y tranquila casi por definición —*Razón y Fe*, editada por la Compañía de Jesús— alzó hermosamente su voz ante la bestial acometida contra España. "¡Altas las frentes! Se nos hace un honor pocas veces visto. No hay en el mundo, o poco falta, criatura torva ni rebaño sospechoso que no aülle o rebuzne contra nosotros, y en cambio, son innumerables y repartidas por todo el globo las almas caballerosas que aun asediadas por prensa y radio enemigas adivinan y comprenden la verdad nuestra, aunque tal vez en silencio "periodístico". Hemos medido muy bien las

palabras, y quien las lea y relea verá que no hay que quitar ni una sílaba.”

Todo el posible examen de la realidad objetiva de España ha sido despreciado —las excepciones son escasísimas— por los amables informadores que nos circundan y comparan con nosotros el pan. Muchas veces se piensa efectivamente en que las horas difíciles de la vida española dejan demasiado ostensiblemente al desnudo viejos males sociales de la Patria. La opulencia de algunos sectores se niega al repliegue o siquiera al disimulo en unas jornadas para las cuales todo impulso generoso y toda invocación cristiana y humana tienen su razón de ser. Al repudiar airadamente tales actitudes, justo es reconocer un tanto paradójicamente que por sí mismas vienen a revelar la profunda mentira de quienes acusan al Régimen español de totalitario, de nazi o de otras zaran-dajas por el estilo. ¿Creen de verdad los tales que si el Régimen fuera una pura y mimética repetición de los totalitarismos vencidos no buscaría el equilibrio social a través incluso de terribles y sumarísimas razones? El Estado español es, ante todo, una humana y cordial convocatoria a la unidad, que se abre paso braceando con lejanos perfiles de su configuración social y política. La coincidencia en el tiempo de una revolución nacional y de unas circunstancias económicas adversas tenía que marcar forzosamente el estilo auténtico de tal revolución. Un totalitarismo —comunista o fascista— habría tirado por esa calle de en medio que desemboca en el patíbulo. La intención absolutamente cristiana de la tarea española ha preferido marginar la justicia entre razones menos extremas y proyectar toda la política social española por caminos no tan dramáticos sobre un siglo que ha sorbido ya demasiada sangre ibérica.

De todas formas, nos vamos haciendo viejos en el aguantar para no saber que el ataque a España no cesaría por obra y gracia de unos tribunales sumarísimos. Por extraños vericuetos muchos sectores responsables de la injusticia vienen a coincidir en diplomáticos ambientes o en tenebrosos aquelarres con mandil con quienes claman, por exigencia antiespañola, contra lamentables situaciones de desequilibrio. Estas y otras cosas las ha aprendido ya de una manera muy elocuente el

pueblo español. Sabe que por toda la espaciosa y vapuleada tierra de la postguerra las cosas andan manga por hombro, y sabe también que no tiene motivo alguno para dudar de la buena intención del régimen. Hay expertos para todo, y algunos afirman que la implacable política social del Caudillo y de José Antonio Girón bucea por los insondables fosos de la carrera de precios. Subida de jornales y subida de precios son, según se dice, términos consecutivos en el devenir de los fenómenos económicos. Es posible que el problema termine mordiéndose la cola, pero quienes no somos ciegos y cruzamos también a trancas y barrancas el voluble cariz de la despena familiar sabemos que la subida de precios se dió con mucha anterioridad a la subida de salarios. Pensamos con horror cómo habríamos podido concurrir al mercado si toda aquella previsora escala de pluses, salarios familiares, ayudas a las familias numerosas, seguros sociales, etc., no hubieran llegado por voluntad del Régimen a incrementar nuestros modestos recursos.

Esta preocupación de las masas laboriosas de España debe llegar como una palpitación constante hasta el despacho del Caudillo. Con ocasión del aniversario glorioso del 18 de Julio, el Jefe del Estado abordó ampliamente estos problemas en una entrevista que concedió al Director de *Arriba*, don Xavier de Echarri. Al examinar el aspecto general de la economía española, S. E. afirmó: "Hay quienes culpan tendenciosamente de la carestía de vida al aumento de los salarios. Este juicio, aparte de tendencioso, peca de criminal, pues si es cierto que a mayor salario mayor presión sobre los alimentos, no creo que nadie pueda, en una buena moral, sostener que no se dé a las distintas clases trabajadoras cuanto les es indispensable para la vida para no aumentar la presión sobre el mercado que realizan los demás mortales. El hogar del trabajador no admite esperas, y al proceso de carestía no dominada no puede corresponder otra receta que un mayor jornal. El incremento de jornal es solamente un tanto por ciento de los sumandos que integran un precio, y yo afirmo que no es en ese lado donde está la parte abusiva. Puede usted decir a sus lectores que con una cosecha más halagüeña a la vista y con perspectivas más favorables para un futuro inmediato,

el Gobierno se encara con el problema de los precios, a fin de llevar progresiva y firmemente una política de abarataamiento de la vida, en la que espera la colaboración de todos los españoles.”

Los habituales comentaristas extranjeros de la actualidad española subrayaron estas declaraciones del Caudillo, como un pretexto para salir al paso de la rebelde actitud de un pueblo. Esa persistencia en creer que el Régimen español vive aupado sobre el mito o, lo que es peor, casi sobre la manía de unas masas, no acierta a comprender hasta qué punto un profundo y emocionante cauce ata el lenguaje de Franco a las preocupaciones del pueblo. Durante muchos días, la prensa española ha irrumpido en el ancho paisaje de la opinión para elevar al cubo toda crítica. Páginas enteras de los periódicos han acogido denuncias, diatribas, consejos, advertencias y hasta casi amenazas. En medio de esa feroz persecución a las libertades esenciales que se nos reprocha, el corresponsal extranjero ha tenido amplio pasto en la prensa española para montar su arquitectura de condenaciones y de odios. Todo iba preparando —según se creía— el instante final del estallido, coincidente con la reunión del gran arcópagó democrático de Lake Succes. Las obras y los días estaban contados, y el desasosiego, ya en trance de violenta exasperación de los españoles cumpliría por su cuenta todas las recomendaciones de la O. N. U. Es cierto que los españoles seguían oponiendo al mal tiempo su buena cara de honrada y leal esperanza; pero se decían ya tantas cosas...

EL 9 DE DICIEMBRE ESTALLA LA REVOLUCIÓN

Todas estas alusiones a la situación económica no podían, claro es —y en cierto modo los corresponsales extranjeros tenían razón—, considerarse insolidarias de los hechos políticos. Si una lente de buhonero percibe la economía en toda la historia, no parece tan exclusivista el saber tomar la temperatura a la política con el termómetro de la coyuntura económica. Considerarla suficiente para desmoronar una historia con tanto peso específico sobre los siglos como la

española, ha resultado excesivo. Los sucesos de este mes de diciembre están en los ojos, en los oídos y en el corazón de todos los españoles. Mientras la hostilidad comunista llegaba al "tempestuoso" más delirante en periódicos y emisoras extranjeras, Franco vivía su vida española por varias regiones. Este contacto incesante entre el pueblo y su capitán dejaba algún matiz de extrañeza en medio de la convulsa ira con que los "observadores" esperaban al desplome total de España. Al cumplirse los dos lustros de su exaltación al Caudillaje, Francisco Franco llegaba triunfalmente a Burgos. En son de paz, entraba el Generalísimo en la gloriosa capital de la guerra, y un vocerío clamoroso se levantaba como un trueno del pecho antiguo de Castilla. Un diputado laborista inglés, el Sr. Chamberlain, presenciaba desde los balcones de la Capitanía General de Burgos el espectáculo. Tropezar un "gentleman" por entre tanto vericuetos de la insidia es un placer que no siempre está permitido a los españoles. El Sr. Chamberlain, honrado enemigo político, hizo honor a su estirpe. Nada de cálculos electoreros, ni de concesiones a la universal demagogia. El vió la realidad encrespada y entusiasta de la muchedumbre española y así lo contó a propios y extraños, sin eludir algunas precisiones singulares sobre la reconstrucción de España. El honor es como una ancha encina, bajo la cual caben las más dispares opiniones. La prensa española saludó con un alegre afecto al buen caballero británico.

Hacia la Tierra de Campos y aun más allá, hasta la línea tenebrosa y violácea de la Maragatería, llegó Franco en busca del agua. Todo el recorrido de la caravana, desde Burgos a La Bañeza, oteaba ese milagro del agua sobre la meseta. Atardecía cuando el Caudillo pulsó los mecanismos eléctricos de la presa de Villameca, y el torrente se precipitó con una robusta alegría hacia el valle. Al borde de las acequias, las gentes maragatas agitaban pañuelos y banderas, y el nombre de Franco se entremezclaba con el rodar de veinte millones de metros cúbicos de agua sobre una seca llanura donde antes apenas cabeceaban los chopos. En la paz, empañada largamente en bregar con tantas desventuras climatológicas y con tantos sucesos ajenos, el Régimen reclama

cada día nuevas fórmulas para aquietar las resacas fauces del agro español. Bajo un duro sol de otoño, los pueblos formaban enloquecidos de entusiasmo al borde de la carretera. Abrasaba la tarde por toda la extensión infinita de los campos de Villarramiel y Villalón. Los regantes habían llevado sus viejos estandartes, los gigantescos pendones de los Concejos, y aportado a la margen del camino sus ganados y sus frutos, su hombría de bien y su tranquila mirada hecha a mirar agradecidamente el agua y los vientos.

Toda la cuenca del Duero, en marcha hacia las grandes realizaciones hidráulicas, fué recorrida en clamoroso periplo por el Jefe del Estado. Camporredondo, Cervera, Villameca, Esla, Arlazón, Cuerda del Pozo, Burgomillado y Agueda son ya nombres que aprietan mil quinientos millones de metros cúbicos para las turbinas y para las acequias. Ni una sola referencia a esta gigantesca estructura que va a cambiar la mortecina faz de Castilla apareció en la prensa y radio extranjeras. Seguía especulándose con las dificultades económicas, con la "resistencia" y con la inmediata, fulminante y segura caída del Régimen. Ignoraban que el pueblo español no podía ser ajeno a esta victoriosa realidad. Desde su dificultosa existencia de hoy, en el centro de un caos universal, percibía la estela nacional de tantos lustros de abandono y la intención acometedora y reivindicativa de Franco. Mientras la conjura exterior tremolaba sus chafarrinones, España seguía siendo diario testigo de la fe absoluta de Franco, del incesante desvelo de sus jornadas, de su paso apresurado y fiel entre las gentes y de la integridad de su vida, hecha apasionadamente de desvelos sobre la guerra y sobre la paz.

Esta lealtad sin estridencias se ocultaba a los ojos del rencor. La sorpresa tenía que estallar en su día, cuando la desfachatez y el cinismo de los extraños intentara mezclarse torpemente en nuestra vida. La orquestación antiespañola subía por días, por horas, de vibración y de ritmo. Alguna voz hispánica, al otro lado del mar, ponía sobre el griterío el contralto dorado y sonoro de su amor a España. Se precipitaban las etapas para el asalto definitivo, y los grandes "divos" soviéticos de la O. N. U. repartían a los comparsas el papel de cada uno en la algarabía. Se decía —y es posible que el ru-

mor fuera cierto— que la U. R. S. S. tenía en el bolsillo de la condescendencia una serie muy vistosa de claudicaciones para jugarlas frente al caso español. Cedería en algún meridiano muy significativo dentro del esquema general de sus contrastes con las democracias para exigir, en cambio, una acción brutal contra los españoles. Cada día las emisoras lanzaban su amenazadora retahíla. Hacia Nueva York se pusieron en marcha los nómadas españoles con todo el bagaje de sus gimoteos y de sus acusaciones, con los sucios restos del botín dispuestos a ponerlos en una sola carta.

El 24 de octubre, apenas abierta la Asamblea de las Naciones Unidas, el secretario Trigve Lie inició funambulescamente el sainete. ¡Al diablo los sangrientos problemas fronterizos de Grecia, la suerte infeliz de Rumania, Bulgaria, Checoeslovaquia, Polonia, Hungría, Alemania, etc.; los campamentos de la horda roja sobre el Irán, el colosal incendio de Palestina, la agitación panárabe!... La única manzana de la discordia en la tertulia democrática era, no podía ser más que España. El único país de Europa en el cual un orden interior, una paz civil y un ambiente afanoso de trabajo creaban formas permanentes de existencia y de vida política había de ser condenado a la suerte de Polonia, por ejemplo. Para Trigve Lie la cuestión no admitía lugar a dudas, ni lugar a espera. Cuanto antes el batallón de pillastres en exilio debía de retornar con su “democrático” programa de checa y piquete. Francisco Lucientes, ese preclaro y valiente ejemplar del periodismo español, aseguró que el grotesco globo de ferrial lanzado por el noruego abrumó de sorpresa y casi de vergüenza a la mayor parte de los delegados. Frente a la angustia crispada del mundo, una asamblea nacida, según se dijo, para la paz, predicaba en el umbral de sus tareas la guerra contra la más noble y pacífica soberanía.

¿Qué meditaban mientras tanto los españoles? El Gobierno respondía con digna severidad a los esperpentos; pero por debajo de este lenguaje oficial y diplomático, el alma entera de España acunaba su decisión. Todo ese civilizado sistema de relaciones internacionales que ha constituido, en última instancia, las humanas razones de la paz quedaba violentamente pulverizado bajo un lenguaje sin precedentes. Quienes

por conveniencia propia y aun por urgente táctica frente a la U. R. S. S. se veían precisados a poner obstáculos al intento, daban a la demagogia comunista las más atroces concesiones verbales contra España. ¿Cómo no apreciar en esos instantes el fraterno ademán de Argentina, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, El Salvador y Perú? ¿Cómo no valorar, dentro de sus difíciles situaciones políticas, las abstenciones de Afganistán, Canadá, Colombia, Cuba, Egipto, Grecia, Honduras, Libano, Holanda, Arabia Saudita, Siria, Turquía y Unión Surafricana? De Londres a Nueva York, el camino recorrido ha sido indudablemente muy grande, y de aquellas dos valientes abstenciones de Nicaragua y El Salvador hasta estas voces de repulsa y esos amplios silencios, España y la U. R. S. S. han perfilado muy bien sus posiciones.

Mientras los disecadores de pueblos dibujaban en el aire sus proyectos, la muchedumbre española esperaba su ocasión. El complot estalló, de pronto, el 9 de diciembre. Como acto de afirmación nacional y de lealtad política puede decirse, sin la más leve posibilidad de error, que aquel lunes no tiene precedente en la historia general de España. Hablar de órdenes, de preparativos, de organización y de partidos es tan necio como afirmar que una inundación colosal se realizó de acuerdo con las disposiciones municipales. ¿Medio millón? ¿Seiscientos mil? ¡Qué más da! Aquel límite supremo de elasticidad que una ciudad primero y todas las ciudades después pueden revelar en un instante solar de su manifestación humana se dió completamente. Acudieron a la plaza de Oriente cuantos podían asistir, sin deserciones perceptibles y sin alinearse por obligación en este o en el otro rango político o profesional. Aun para quienes hacemos de la credulidad en el pueblo español una constante norma de vida, aquel océano sin límites de la muchedumbre desbarató todos los pronósticos.

La manifestación había sido solicitada por la punta de vanguardia de la España del 18 de julio; pero los ex combatientes y ex cautivos con todo su extenso y feliz entusiasmo fueron después una onda tan sólo de aquel río. La masa acogía en su fondo clamoroso y en marcha a la viva y entusiasta aportación de los barrios más extremos que se concentraba en el centro mismo de la capital. Familias enteras, llevando

incluso en brazos la gozosa alegría de los niños, entraban cantando en la fiesta. Mujeres, viejos, tranquilas gentes a quienes nada ni nadie arrancó jamás de su existencia sin complicaciones; obreros y estudiantes junto a los soldados y a los marineros; angélicas figuras de religiosas, con el rezo cortado en el aire ante la llamada y el nombre de España; mozalbetes mal encarados del suburbio, convocados por el tirón misterioso de la sangre...

Está demostrado que todas estas cosas apenas se han dicho más allá de nuestras fronteras. Cada "observador" ha recordado como ha podido la anchura fabulosa del suceso y entre todos se han lanzado a un terco campeonato de menosprecio y de ignorancia; pero, ¿a cuántos, entre los centenares de miles, preocupó antes de su actitud estas indiferencias del exterior? Sólo el nombre de España y el del Jefe que hoy la representa por unánime y victoriosa voluntad española, atraían el entusiasmo y el fervor de las gentes. Un espléndido aire de buen humor, sin asperezas, se alzaba en cartelones y en alegres símbolos sobre la marea humana. Hasta la impertinencia contra los más cínicos y gritadores enemigos se contenía en unas márgenes casi inocentes de zumbona despreocupación. Cuando aquella marea se remansó al pie de los muros del Palacio de Oriente, la impresión desbordó todas las imaginaciones. Torpe limitación del hecho intentaría aquel extraño que separara en el mismo instante los nombres de España y de Franco. Bastó la aparición del Caudillo en el balcón central del Alcázar madrileño para que no hubiera la menor posibilidad de duda. De la inmensa y heterogénea multitud, no prefijada en ningún esquema político, se levantó el nombre de Franco como un trueno. Durante más de diez minutos el ingenuo y blanco temblor de los pañuelos y el nombre del Caudillo cubrieron el inmenso recinto de una emocionante unanimidad. Es cierto que en las densas oleadas de manifestantes la varia actitud española frente a los temas institucionales concretos tenía su representación. Nombres eximios de la vida española se entremezclaron orgullosamente entre la muchedumbre anónima; pero fué la vinculación actual de España en una gloriosa figura de soldado lo que alzó desde todos los corazones un refrando cerrado y triunfal. Las palabras del Caudillo llegaban

briosamente hasta el alma bien dispuesta del pueblo y recorrían como un relámpago la masa movediza y entusiasmada de los madrileños. Se dice, entre otras muchas cosas, que cerró el comercio. Quienes olvidan el "ukasse" socialista de cada Primero de Mayo levantan este reparo... por impulsar su odio desde cualquier trampolín. ¡Dios sabe bien hasta qué punto aquello anduvo por las vertientes más anárquicas e individuales de la desorganización! El frío sutil del Guadarrama invitaba a una buena mañana perezosa y no a todo aquel tumultuoso y gregario afán de manifestarse. A las dos horas, además, la muchedumbre se reintegraba sin un alarde hostil y sin un matiz siquiera de rabia al laborioso afán de cada día.

Y a la mañana siguiente hablaron las provincias. Ortega había escrito: "España no echará a andar rostro al viento de la Historia mientras no llegue la hora en que hombres fervientes enciendan la atmósfera con estas palabras: "¡Eh, las provincias en pie!" El nombre de Franco ha servido por sí solo para el milagro. Ante todo y sobre todo, que nadie pretenda desconocer el sintomático valor que Barcelona ha querido conceder al histórico momento de España. "¡El tambor del Bruch está dispuesto a volver a sonar!", anunciaba en catalán uno de los innumerables cartelones alzados por los manifestantes. Quienes vieron la grandiosa manifestación de la capital catalana y quienes acertamos a imaginarla a través de la profusa documentación gráfica que llenó las páginas de la prensa, sabemos que los reposados nervios catalanes no reaccionan a cualquier artificioso conjuro de la propaganda. La vieja y periférica dispersión de la tierra española dejaba muchas veces sin eco en Cataluña cualquier alusión central a los grandes hechos nacionales comunes. Pocas veces Barcelona incrustaba su atención en las preocupaciones de Madrid. El espectáculo del día 10 revela hasta qué punto la onda de la libertad española ha llegado concéntricamente hasta todos los confines de España. Y como Barcelona, y al mismo tiempo, Bilbao... Y Valencia, Sevilla, Coruña y todos y cada uno de los pueblos y ciudades de la Patria.

¿Adónde ha ido, pues, a desembocar todo aquel supuesto y larvado rencor del pueblo español contra el Régimen? Las interpretaciones ajenas han sido tan diversas como inconse-

cuentes. Ahora para algunos el signo de la protesta reside en el despreciable contorno de circunstancias que rodea al equipo de Giral y sus muchachos; para otros, el multitudinario alarde del pueblo español caminó entre fórmulas pretorianas de coacción y de amenaza, y no falta quien, más sincero con su propia conciencia, percibe en los españoles un santo horror a toda nueva guerra civil. Que de la primera y de la última de estas opiniones habría mucho que hablar, es cuestión fuera de duda. En cuanto a la imposición oficial sobre la muchedumbre española nos parece que todos cuantos asistimos tenemos una impresión bastante clara sobre las infinitas posibilidades que se nos dieron para no acudir a la manifestación. "En mi vida he asistido a manifestación alguna", declaró D. Jacinto Benavente ante los periodistas. ¿A qué mimetismo "fascista" obedeció aquella modesta e interminable multitud mesocrática, en lucha cotidiana y difícil con un arisco horizonte de renunciaciones?

Nadie ha querido, porque la confesión habría sido una cínica abjuración de errores, hablar de las verdaderas razones del día 9 de diciembre. Hubieran podido afirmar que el mero hecho de que la intimidad soberana de España haya sido puesta en el tablero de la O. N. U. bastó para dar pie a la actitud unánime de los españoles. Aunque la O. N. U. hubiera ofrecido al pueblo ibérico un imposible cúmulo de razones objetivas y de solventes fórmulas de evolución política, el hombre español las habría rechazado sin pausas. La historia de los pueblos palpita dentro de moldes entrañables y eternos, más queridos que todas las contingencias económicas y políticas que fundamenten su propio bienestar. Brotan casi de una geológica estratificación de los siglos y se resumen para cada generación en actitudes de honor y de orgullo. Quienes, aunque fuera por excluyentes y propias razones internacionales, presentían que el acoso al Régimen español iba a inmovilizar en torno a Franco a todas las clases sociales han acertado.

A raíz del gigantesco "referéndum" la conciencia española ha entrado en una fase muy significativa de indiferencia hacia las actitudes de fuera. Cada uno ha sentido en sí mismo la plenitud varonil de España entera y las arbitrarias conse-

cuencias del "caso español" se perdieron totalmente entre los ecos de la protesta nacional del día 9. Sin el más leve desasosiego supimos la decisión de retirar de Madrid a todos los jefes de misión que representan a los países complacientes con la fórmula antiespañola. Mientras semejante pirueta supe dita una vez más la Organización de las Naciones Unidas al imperialismo soviético, los frutos, los minerales y la trayectoria laboriosa de los españoles concitan, con la irrefragable certeza de sus cifras, el interés de los acuerdos comerciales. Segura de su propia alma, la gente española contempla con una ironía templada la marcha confusa de las cosas.

"AMAMOS A ESPAÑA Y A LA VERDAD"

Muchos signos visibles parecen revelar una intención defensiva en los pueblos y razas hispánicas. Argentina, por ejemplo, tiene hoy para la humanidad en crisis una tibieza de refugio y un horizonte inapreciable de afectos. El decisivo triunfo democrático de Perón en la Argentina ha servido, en el campo de las relaciones internacionales, para demostrar abiertamente que la democracia y el régimen español no tienen, a la hora de una mutua y leal colaboración, ningún contraste perceptible. Razones históricas, sensiblemente más sinceras que toda alusión política, reafirman desde uno a otro estribo atlántico la antigua solidaridad de la sangre. Desde sus primeros instantes triunfales en el ejercicio del Poder, el ilustre Presidente argentino no ha desaprovechado ocasión alguna para demostrar su afecto y consideración a la Madre Patria. El fuerte paso de los marinos españoles por las calles de Buenos Aires, en el día de la proclamación del nuevo Presidente, dió ocasión a una fervorosa explosión de alegría en torno a la bandera española. Los fastos de la hispanidad volvieron a subrayarse clamorosamente en Madrid con motivo de la llegada a la capital de España del general argentino Estanislao López. El 12 de octubre, mientras en el Palacio de Oriente el ilustre militar argentino imponía en nombre de Perón el gran Collar de la Orden del Libertador al Generalísimo de los Ejércitos y Caudillo de España, nuestro embajador en Buenos Aires entregaba

al Presidente argentino el Gran Collar de la Orden de Isabel la Católica. En su discurso, Franco dijo: "La inquietud por la justicia y el amor hacia los humildes que campea en el blasón político de vuestro noble Presidente, así como su hondo y probado amor por las tradiciones hispánicas, nos unen en una comunidad de sentimientos que acumulan nuevas simpatías y refuerzan los lazos de amor y comprensión entre nuestros pueblos." En el mismo glorioso Día de la Raza, el Presidente D. Juan Perón decía ante nuestra Embajada en pleno:

"Las fuerzas ocultas que querrían ver minado el valor de la Hispanidad no conseguirán su propósito."

Después de su gran viaje Atlántico, arribaron a Cádiz los alumnos del buque-escuela "Argentina". Su llegada a Madrid en tren especial dió origen a una espléndida manifestación de afecto. Todas las clases sociales, desbordando el protocolo oficial, supieron hacer llegar hasta los marinos de Argentina una alegre y familiar cordialidad, que durante todos los días de su estancia hizo vibrar de entusiasmo las calles de la capital. La salida de los marinos, con su comandante, Sr. Malatesta, al frente, hizo culminar la emoción de la visita. Más de sesenta mil personas acudieron a la Estación del Mediodía. Los ecos de esta arrebatada manifestación se unían a los pocos días con el entusiasmo de Cádiz y de Canarias.

En breves jornadas diplomáticas se recorrió el camino que lleva de las palabras a los hechos. El Subsecretario de Asuntos Exteriores, D. Tomás Suñer, al frente de una excepcional misión de técnicos llegaba a la capital argentina, y tras una serie de cordialísimas deliberaciones se firmaba en Buenos Aires un importantísimo convenio comercial. Personalmente, el Presidente señor Perón intervino en las conversaciones, y se asegura que su directa opinión y consejo supieron encontrar en muchas de las cuestiones suscitadas las necesarias fórmulas de arreglo que habían de rematar el importantísimo protocolo.

En las recientes jornadas de la Hispanidad figuran también el envío de dos extraordinarias Misiones diplomáticas a Colombia, con ocasión de la exaltación al Poder del nuevo Presidente, y a la noble y pequeña república de El Salvador, en el centenario de la fundación de su capital. De estas dos Misiones, en las cuales los nombres de los señores Pérez Busta-

mante, Sosa, Enciso, Guillén, Marqués de Lozoya, Morales Oliver y Vigil dan una clara idea de la importancia que España quiso concederlas, queda a la Patria la dolorosa estela que deja en las letras españolas la figura de Marquina. El glorioso vate catalán, había llegado a Bogotá como jefe de la Misión española. Su maravilloso verbo poético resonó por los antiguos caminos del Imperio español con un acento en el que se iba trenzando la misma vida del insigne dramaturgo. En Nueva York, de pronto, el insigne poeta y embajador entregaba su alma a Dios y su nombre a la historia de las letras españolas. Sus restos mortales nos llegaron sobre el mar, y una emocionante muchedumbre española acogió en Madrid la huella póstuma de D. Eduardo Marquina.

Las rutas del aire dieron ocasión a la Hispanidad de inaugurar la línea Buenos Aires-Madrid y La Habana-Madrid. En el primer avión de esta segunda ruta llegó a la capital de España un grupo de periodistas cubanos. Durante diez días, Madrid —oficial y popularmente— hizo objeto a sus huéspedes de una fraternal acogida, de la cual ellos mismos supieron hacerse eco, al regresar, en las columnas de sus periódicos. Especialmente, las queridas páginas del *Diario de la Marina* sirven para demostrar ante el mundo americano que la sangre hispánica sabe dar siempre testimonio fiel de su hidalguía y de su sinceridad.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en sesión solemne, celebró un homenaje a El Salvador. La actitud de esta República en medio del sucio aquelarre de Lake Success, ha conmovido las fibras más sensibles del pueblo español. Centenares de miles de telegramas y de cartas, brotados del corazón entero de la Madre Patria, llegan hasta las cancellerías de aquellos países que han sabido estar en la O. N. U. a la altura de su estirpe y de su historia. La valiente y caballerescas salida del delegado salvadoreño en la O. N. U. frente a las infamias antiespañolas viene a confirmar las maravillosas palabras con que el Presidente argentino dió cuenta al Caudillo de la actitud de su delegado en la O. N. U., "Amamos a España y a la Verdad". Un ilustre grupo de soberanías hispánicas hace cada día más patente este amor.

UN CONGRESO DE TRABAJADORES

Conviene subrayar el interés despertado en todas las clases productoras de la Nación ante las tareas del reciente Congreso Nacional de Trabajadores. El análisis crítico o la defensa de cada una de las conclusiones no puede ser misión de este ligero relato de la vida política española. Tales conclusiones, en el camino de la realidad, habrán de contrastarse en muchos aspectos con la contextura total de la economía española, y la política social del Estado garantiza que no serán una letra muerta para el estudio y la atención gubernamentales. Lo que interesa más poner de relieve es el cariz de asombroso orgullo que el Congreso elevó cada vez que sus propias preocupaciones laborales fueron mezcladas con el nombre y la defensa de la Patria. Todo, más acá de nuestras fronteras, fué aludido en el Congreso con elogio o con crítica; pero cuando el nombre del Caudillo y la indiscutible y soberana entidad española fueron mencionados como objeto exterior de ataque o de menosprecio, los trabajadores españoles rompieron el orden de sus deliberaciones para elevar clamorosamente su adhesión a la independencia de España y al jefe que lealmente la encarna.

El año va a terminar con una sólida reafirmación en el porvenir de la Patria. Lo que va de un año a otro queda relatado en los números sucesivos de esta misma publicación. Persiste la furia exterior, con su torpe aureola demagógica; pero algo anuncia ya su verdad. La resistencia española proclama definitivamente su vigencia y se niega a toda capitulación frente al comunismo. Es casi una pura y geométrica posición en medio de un mundo desbaratado y cruel. En muchos meridianos, almas de buena fe entienden ya el gesto de España y le alicentan unas veces en silencio y otras en alto y cordial entusiasmo. Sobre el ritmo inmoderado de estos días está el latido igual de anchas generaciones de españoles, desplegados en lejanos sueños por toda la tierra del mundo.

Y cada hombre español, unido a todas aquellas hermosas vidas en las que se prolonga hoy su sangre, está dispuesto a dar fe de su honor.

ISMAEL HERRÁIZ.